

Editorial

El desafío de la calidad de la Educación Secundaria

Juan Manuel **Moreno Olmedilla**

Banco Mundial, Washington DC y UNED, Madrid

En Mayo de 2006, los estudiantes chilenos de Secundaria tomaron sus colegios y liceos y, durante semanas, conmocionaron a un país que, por otra parte, estaba esperanzado y optimista tras la elección de su primera mujer Presidenta. Los estudiantes chilenos no protestaban por razones de “alta política” o por las grandes injusticias que pueda vivir el país; tampoco lo hacían por las restricciones de acceso a la universidad o por su falta de perspectivas laborales al graduarse; ni siquiera protestaban para pedir más inversiones en educación. No, los estudiantes chilenos se quejaban de la mala calidad de la educación que estaban recibiendo. Y consiguieron revolucionar el sector educativo de un país que, desde hace décadas, venía siendo considerado por muchos como modelo de progreso y de reforma en educación. De hecho, y aunque sea una paradoja no fácil de asumir, es precisamente el desarrollo educativo chileno lo que mejor puede explicar que su estudiantado de secundaria sea capaz de movilizarse de esa manera para exigir calidad de la educación. Lo que algunos habrán leído como un fracaso, otros interpretamos justamente como un relativo éxito.

Ni que decir tiene que la protesta estudiantil chilena ha significado algo más que una llamada de atención para quienes gobiernan el sistema educativo en Chile; también lo ha sido para quienes lo hacen en los demás países de América Latina y, en mayor o menor medida, en el resto del mundo. Este número monográfico de la Revista Profesorado se centra justamente en el tema clave que llevó a los estudiantes chilenos a poner su sistema escolar patas arriba y, con ello, también las *creencias* y convicciones que muchos educadores, investigadores y administradores han venido manteniendo sobre la política educativa en secundaria. La reciente experiencia chilena muestra con claridad al menos dos cosas: Primero, que la educación secundaria es el nuevo foco de atención prioritaria en el sector educativo una vez que se está a punto de alcanzar la escolarización universal en primaria. En el siglo XXI, completar la educación primaria o incluso la educación básica ya no es suficiente. De hecho, si miramos hacia atrás, en los países ricos – y en muchos que no lo son tanto – la duración del período considerado de educación básica casi se ha triplicado en los últimos cien años, pasando de cuatro a prácticamente doce años y, con ello, extendiéndose a casi todo el espacio que todavía seguimos denominando educación secundaria. La batalla de la democratización de la educación está hoy en la expansión de la secundaria y, en buena medida, también de la educación

superior. En los países en desarrollo, es la educación secundaria la que saca de la pobreza a las personas. En los países desarrollados, es la educación secundaria de segundo ciclo la que proporciona las competencias mínimas para poder encontrar sitio en mercados laborales cada vez más exigentes en lo que se refiere a la calificación y las competencias de los trabajadores.

Segundo, que la expansión y consolidación de la secundaria sólo es viable si se presta atención prioritaria a la mejora consistente y sostenible de su calidad. En otras palabras, que no es suficiente con abrir las puertas del sistema incrementando simplemente el acceso *material* a la enseñanza secundaria. Una gran masa de esos estudiantes tendrá muy pocas oportunidades de éxito en esa secundaria a menos que la expansión del acceso venga acompañada de medidas políticas muy firmes para asegurar la calidad. Las puertas inicialmente abiertas se convertirán en puertas giratorias que volverán a dar en la calle con muchos de quienes se creían dentro. Esto implica entender la calidad como la garantía de *acceso al aprendizaje* por parte de todos los estudiantes o, en otros términos, como la capacidad del sistema escolar para dar una respuesta diferente a estudiantes cada vez más diversos. Por tanto, el modelo de expansión que se ha seguido para universalizar el acceso a la educación primaria – asegurar el acceso y después empezar a preocuparse por la calidad y la relevancia – no va servir para los retos que tenemos por delante con la educación secundaria (World Bank, 2005).

Mientras que el debate político en educación ha relacionado tradicionalmente la cuestión del acceso con la enseñanza primaria y la cuestión de la calidad con la educación superior (por cierto que la comunidad educativa internacional podría estar dándose cuenta de que tal vez ahora debería ser justamente al revés), parecería que la educación secundaria ha tendido a concentrar el debate sobre la equidad y la igualdad de oportunidades en educación. De hecho, podría entenderse que la equidad es el área de intersección entre acceso y calidad, y la secundaria parece ser el nivel del sistema educativo con implicaciones más profundas en dicho sentido. Es en la Secundaria cuando los estudiantes comienzan a ser separados y agrupados en diferentes programas y/o itinerarios (*tracking, streaming*); también son los estudiantes de secundaria quienes tienen que afrontar exámenes altamente selectivos que sin duda marcarán sus oportunidades en el futuro y las condiciones en que podrán o no acceder a estudios universitarios o al mercado laboral. Es en la secundaria cuanto los estudiantes (y con ellos sus familias) tienen que tomar importantes decisiones sobre su vida escolar y profesional, para lo que requerirán información ajustada y personalizada que las escuelas y los servicios de orientación no siempre están en condición de darles. Y, por fin, es en este nivel de la secundaria donde encontramos – en prácticamente todos los países del mundo – padres y madres de estudiantes dispuestos a invertir grandes cantidades de dinero en clases privadas que ayuden a sus hijos e hijas a tener éxito (Bray, 1999). En la mayor parte de los países del mundo, la línea de demarcación y división más profunda en cuanto a las oportunidades

educativas está justamente en la transición del primer al segundo ciclo de la secundaria. No es extraño, por tanto, que el debate sobre la equidad en educación esté *instalado* justamente en este nivel educativo.

Otro rasgo peculiar de la educación secundaria es que, mientras que la primaria o la superior presentan patrones muy estables y homogéneos de institucionalización en todo el mundo, la estructura y la duración de la secundaria resultan extremadamente variadas y heterogéneas. Y lo mismo ocurre, desde luego, con el currículum que se enseña en las escuelas de secundaria. El artículo de Aaron Benavot con que se abre este monográfico, presenta un análisis fascinante de la estructura curricular de la educación secundaria en el mundo, realizado a partir de la base de datos al respecto que se ha creado en la Oficina Internacional de Educación (OIE) de la UNESCO. El autor demuestra que, por una parte, los currícula de la secundaria están tendiendo a una mayor homogeneidad o estandarización, como resultado justamente de la expansión y democratización de este nivel educativo. Por otra parte, al abordar la cuestión clásica de la relación y equilibrio entre secundaria general y profesional, y con ello de los modelos estructurales de la educación secundaria, Benavot llama la atención sobre la extrema volatilidad de las reformas en secundaria. Son muchos los países donde a una reforma comprensiva le sigue pocos años después una contra-reforma que busca acentuar la diversificación y selección temprana de los estudiantes. Y el péndulo no cesa de oscilar de uno al otro lado, Administración tras Administración, legislatura tras legislatura, dejando la impresión de que hay mucho movimiento pero poco progreso.

Y es que, a pesar de la volatilidad aparente en los modelos estructurales, el *fondo* del currículum secundaria no sufre alteraciones importantes ni parece evolucionar con el suficiente dinamismo hacia esas competencias clave del siglo XXI sobre las que todo el mundo parece estar de acuerdo (Moreno, 2006). Volviendo a Chile, el artículo de Cristián Cox presenta un caso verdaderamente paradigmático de lo que supone llevar a cabo una reforma *profunda* del currículum escolar, apoyada en un proceso de consulta pública realmente inclusivo y democrático. Una vez más, el caso chileno nos sirve aquí para ejemplificar desde la práctica un dilema político fundamental en educación, a saber, el que se produce entre participación e innovación.

Tanto sin son *profundas* como en Chile como sin son, digamos, meramente *legales*, la implantación de reformas curriculares es, básica y fundamentalmente, una cuestión de formación permanente y desarrollo profesional del profesorado. El artículo que presenta este coordinador del número monográfico se centra en el profesorado de secundaria para llamar la atención sobre el hecho de que, por distintas razones – de cantidad y de calidad, de oferta y de demanda –, aquí se encuentra el más importante cuello de botella para la expansión de una educación secundaria de calidad. Los profesores de secundaria cualificados se están convirtiendo en un bien escaso (OCDE, 2005). Además, la complejidad en aumento de las escuelas de secundaria, la evolución

de las culturas estudiantiles dominantes, y la presión creciente de los exámenes selectivos, entre otras muchas variables, están minando y desmantelando la identidad profesional tradicional del profesorado de secundaria. La respuesta a estos problemas ni siquiera está ya en una buena política de desarrollo profesional del profesorado. Las políticas de formación, incluso las más acertadas y mejor adaptadas al contexto nacional de que se trate, sólo se podrán abrir camino a través de un enfoque más ambicioso que cree una sinergia entre el desarrollo profesional del profesorado y su gestión a nivel del sistema educativo y de la propia escuela, junto con un sólido conjunto de incentivos en el marco de la carrera docente.

En el crecientemente complicado contexto de las escuelas secundarias actuales, no es exagerado decir que la misma palabra “reforma”, o no digamos “reforma curricular” puede estar siendo percibida entre el profesorado como totalmente irrelevante o, en el peor de los casos, como algo hostil. Los liceos, institutos y colegios de secundaria de hoy en día son entre dos y cinco veces más grandes en número de alumnos y profesores que las escuelas primarias. La diversificación curricular y la especialización de profesores y de estudiantes añaden todavía más complejidad a estas instituciones, por no hablar de los problemas de violencia, disciplina y sub-culturas estudiantiles anti-escuela que parecen ser más norma que episodio ocasional. Todo ello supone desafíos y problemas de gestión y dirección que nada tienen que ver con los que tenían los centros de secundaria de hace sólo una generación. De ahí la enorme importancia que se viene atribuyendo a la dirección escolar y, desde una perspectiva más amplia, a la función del liderazgo educativo. A este respecto, el artículo de Bill Mulford resume de una manera original la evidencia generada por la investigación sobre liderazgo educativo de estos últimos años. Además, Mulford presenta una alternativa completa y radical a las visiones dominantes de la “nueva gestión pública” que se impusieron en el Reino Unido, Australia y otros países anglosajones desde finales de los ochenta en adelante.

Desde que a comienzos de esta década comenzaron a publicarse los resultados de PISA, Finlandia es a la educación en el mundo lo que Brasil es al fútbol o Rusia al gas natural. Cuando llegan a Helsinki de visita “de estudios” las delegaciones de Ministerios de Educación de todo el mundo, y preguntan por “el secreto finlandés”, la respuesta está ya acuñada: Nuestros profesores y nuestros directores. Y no hay más secreto. El artículo de Pasi Sahlberg analiza con detalle cómo Finlandia ha invertido en “construir confianza” en el sistema educativo promoviendo el profesionalismo del profesorado, la autonomía escolar y un liderazgo escolar eficaz. El éxito de Finlandia, y el de otros países “estrella” en PISA y TIMSS, como Corea (Kim, 2006), tiene interés por una razón fundamental: Han demostrado que no hay que elegir entre calidad e igualdad, o como se diría en otros pagos, entre acceso y excelencia. Pero en educación al menos, las soluciones de hoy se convierten en los problemas a los que hay que

enfrentarse mañana. Sahlberg apunta al tema de la *inflación* de la diversidad estudiantil como uno de los problemas más inquietantes en la educación secundaria finlandesa. Las *necesidades especiales* del alumnado se extienden y multiplican ilimitadamente, reclamando una escuela cada vez más a la medida de cada alumno. Esto implica ampliar la oferta educativa hasta límites cada vez más difíciles de implantar y, sobre todo, de financiar. Pero es un esfuerzo necesario para evitar que el incremento de la inclusividad escolar traiga como consecuencia paradójica el aumento de la desigualdad de resultados educativos, cosa que de hecho ocurre en todo país que esté cerca de la universalización de la educación secundaria. La utopía está servida: ¿Acaso es posible diseñar una carrera en la que todos puedan ganar? ¿O al menos donde nadie tenga necesariamente que perder? Finlandia parece estar en camino de conseguirlo.

El artículo de Crouch y Vinjevoold comienza presentando la evidencia de que, en efecto, los países con mayores tasas de acceso y participación son también los países con más alto rendimiento estudiantil. Esto, para muchos, es suficiente para confirmar nuestra tesis de que sólo acceso y calidad son dos dimensiones de la misma realidad y que, de hecho, no es posible consolidar la expansión de la secundaria sin asegurar de entrada su calidad. Sin embargo, el caso de Sudáfrica, que los autores analizan en su artículo, muestra que hay países que son una excepción a dicha regla, y que por tanto las políticas educativas no pueden relajarse en absoluto en estos tiempos de masificación y democratización de los servicios educativos en todo el mundo. Es, desde luego, el caso de Sudáfrica, un país con una sociedad fuertemente segregada por su historia reciente, donde la *minoría* discriminada resulta ser en realidad la mayoría. Pero también sería este el caso – si los datos fueran visibles y estuvieran disponibles – de comunidades enteras en países tanto desarrollados (la comunidad afro-americana en Estados Unidos; véanse los datos desagregados de PISA que Mulford presenta en su artículo), de medio ingreso (las comunidades gitanas en los países de Europa Central), como en desarrollo (Bolivia, Perú y otros países con grandes comunidades indígenas).

En conclusión, la educación secundaria se encuentra en el corazón mismo de una doble agenda política educativa que caracteriza a las sociedades contemporáneas: Por una parte, la del crecimiento económico y la competitividad nacional; por otra, la de la equidad y la igualdad de oportunidades. La primera ha justificado tradicionalmente la selección y especialización temprana de los alumnos y el énfasis en competencias profesionales y en la relación de la escuela secundaria con el mercado laboral. La segunda de las agendas es responsable de las reformas comprensivas de la secundaria y de la prioridad que han ido adquirido las competencias cívicas y relacionadas con la ciudadanía en dicho nivel. En este siglo XXI, sin embargo, nos encontramos con que las competencias que se esperan del ciudadano y las que se le requieren al trabajador son exactamente las mismas. Formar

trabajadores no es ya distinto de formar ciudadanos, y viceversa. Al mismo tiempo y justamente por ello, no es posible ya creer que acceso y calidad, democratización y excelencia, son objetivos políticos incompatibles. Al contrario, son condición el uno del otro.

Referencias bibliográficas

- Bray, M. (1999). *The shadow education system: private tutoring and its implications for planners*, Fundamentals of Educational Planning, 61. Paris: IIEP-UNESCO.
- Kim, E.G. (2006). Políticas públicas orientadas a atraer y a seleccionar graduados competentes para la profesión docente: el caso de Corea del Sur. *Revista de Educación*, N° 340, pp. 141-164.
- Moreno Olmedilla, J.M. (2006). The Dynamics of curriculum design and development: Scenarios for curriculum evolution. En Benavot, A. y Braslavsky, C.: *School curricula for global citizenship: Comparative and Historical perspectives on Educational Content*. Hong-Kong: Comparative Education Center of the University of Hong-Kong, Chapter 11, pp. 195-211.
- OCDE (2005). *Teachers Matter: Attracting, Developing and Retaining Effective Teachers*. Paris: OCDE, 2005.
- World Bank (2005). *Expanding opportunities and building competencies: A new agenda for Secondary Education*. Washington DC: World Bank, Directions in Development Series.